

lo contrario, pues por aquel medio se recarga su necesidad, por cuanto el rozamiento y compañía del macho hacen despertar el calor que en la soledad permanecería más sosegado; y verosimilmente, por esta causa de que su castidad recíproca fuera más meritoria, Boleslao, y Kinye, su esposa, reyes de Polonia, hicieron de ella voto de común acuerdo estando juntos en el lecho el día mismo de sus bodas, manteniéndola en las barbas mismas de los goceos maritales.

Educámoslas desde la infancia para el juego del amor: sus gracias, sus adornos, su ciencia, sus palabras, toda su instrucción miran únicamente á ese fin. Sus gobernantas no las imprimen cosa distinta del semblante amoroso con sólo representárselo constantemente para que lo odien. Mi hija (es todo cuanto poseo en punto á criaturas) se encuentra en la edad en que las leyes consienten casarse á las más ardientes; es de complexión tardía, fina y delicada, y ha sido educada por su madre por el mismo tenor, conforme á los principios de una vida retirada y encajonada, tanto que apenas comienza ahora á desembobarse de la simpleza infantil. Como leñera un día en mi presencia un libro francés, tropezó con la palabra *fouteau*¹, nombre de un árbol conocido, y la señora á cuyo cargo está encomendada la detuvo de pronto con alguna brusquedad, haciéndola deslizar por encima de este mal paso. Yo no me hice cargo de la cosa por no trastornar sus disciplinas, pues en manera alguna me inmiscuyo en esa preceptiva: el gobernamiento femenino siguió una marcha misteriosa que precisa dejar á las mujeres encomendada; pero si no me engaño, diré que ni siquiera el comercio de seis meses consecutivos con veinte lacayos juntos hubiera sabido imprimir en su fantasía la inteligencia, el uso y todas las consecuencias del sonido de esas sílabas criminales, como lo hizo la buena anciana con su reprimenda y prohibición.

Motus doceri gaudet Ionicos
Matura virgo, et frangitur artubus
Jam nunc, et incestos amores
De tenero meditatur ungui².

Que las damas prescindan algún tanto de la ceremonia; que sean libres en el hablar; nosotros somos unas pobres criaturas comparadas con ellas en esta ciencia. Oídlas representar nuestros perseguidos y nuestras conversaciones, y os harán creer, á no haber la menor duda, que nosotros no las enseñamos nada que ya no supieran y hubieran digerido sin nuestro concurso. ¿Será verdad lo que

1. En francés antiguo significa aya, y es expresión impúdica.

2. La virgen núbil se complace en aprender lascivas danzas: Lasta retorcese los miembros; desde su infancia sueña con impúdicos amores. HORACIO, *Od.*, III, 6, 21.

Platón afirma, ó sea que antes que mujeres fueron jóvenes desenfrenados? Mi oído se encontró un día en lugar donde pudo atrapar un poco de la charla que entre ellas sostenían cuando creen que nadie las oye. ¡Que no pueda yo decir lo que oí! ¡Santo Dios! (exclamé yo), vamos ahora á estudiar las frases de Amadis y las de mis registros de Boccaccio y el Aretino para no quedar deslucidos. ¡Bonito modo tenemos de emplear nuestro tiempo! No hay palabra, ni ejemplo, ni acción que no conozcan mejor que nuestros libros: es ésta una ciencia que germina en sus venas,

Et mentem Venus ipsa dedit¹,

y que esos buenos preceptores que se llaman naturaleza, juventud y salud soplan constantemente en su alma; no tienen necesidad de aprenderla, porque la engendran

Nec tantum niveo gavisea est ulla columbo
Compar, vel si quid dicitur improbius,
Oscula mordenti semper decerpere rostro,
Quantum præcipue multivola est mulier².

Si no se detuviera algo sujeta esta natural violencia de sus deseos por el temor y honor de que se las ha provisto, nos difamarian. Todo el movimiento del universo se resuelve y encamina á este acoplamiento; es una materia infusa por doquiera, y un centro al cual todas las cosas convergen. Todavía se ven ordenanzas de la antigua y prudente Roma, cuya misión era reglamentar el amor; y los preceptos de Sócrates para instrucción de las cortesanas:

Necnon libelli stoici inter sericos
Jacera pulvillos amant³:

Zenón entre sus leyes reglamentaba también los esparrancamientos y sacudidas del desdoncellar. ¿Qué espíritu informaba el libro de la conjunción carnal, del filósofo Estrato? ¿De qué trataba Teofrasto en los que intituló, uno *el Amoroso* y otro *del Amor*? ¿De qué Aristipo en el suyo *de las Antiguas Delicias*? ¿Adónde van á parar las descripciones tan amplias y vivientes que hace Platón de los amores más arriesgados de su tiempo? ¿Y el libro *el Amoroso* de Demetrio Falereo? ¿Y *Clinias*, ó *el Amoroso forzado*, de Heráclito Póntico? ¿Y Antístenes en el proreear hijos ó *de las Bodas*, y en otro que llamó *del Maestro*, ó *del Amante*? ¿Y el que Aristo nombró *de los Ejercicios amorosos*? ¿Y, en fin, los de Cleanto, uno *del Amor* y otro *del Arte de amar*; los *Decálogos amorosos*, de Sfe-

1. Que Venus misma las inspiró. VIRGILIO, *Céorg.*, III, 237.

2. Jamás la nivea paloma, nunca el ave más lasciva prodigó sus besos y sus dulces mordeduras con tanto placer como una mujer á esta pasión abandonada. CATULO, *Carm.*, LXVI, 125.

3. Los librillos que danzan por los cojines de seda son á veces obra de los estoicos. HORACIO, *Epod.*, VIII, 13.

reo; la fábula de Júpiter y Juno, de Crisipo, que llega al colmo de la desvergüenza, y sus cinco epístolas impregnadas de lascivia? Y todo esto, dejando á un lado los escritos de los filósofos que siguieron la secta epicúrea, protectora de los placeres. Cincuenta deidades fueron en lo antiguo protectoras del oficio de desdoncellar, y nación hubo donde para adormecer la concupiscencia de los devotos, había prestas en las iglesias doncellas y muchachos para ser disfrutados, siendo una parte de la ceremonia el servirse de ellos antes de comenzar los oficios: *nimirum propter continentiam incontinentia necessaria est; incendium ignibus exstinguitur*¹.

Esta parte de nuestro cuerpo fué deificada en casi todo el mundo. En una misma provincia los unos se la desollaban para ofrecer y consagrar un fragmento de ella; los otros consagraban y ofrecían su semilla. En algunos sitios los jóvenes se la atravesaban en público, oradaban diversos puntos entre cuero y carne, y por estas aberturas hacían pasar palillos, los más gruesos y largos que podían sufrir; luego encendían lumbre con ellos para ofrenda á sus dioses, y eran considerados como flojos é impuros si la fuerza de ese dolor cruento los transía. En algunas regiones el magistrado más reverendo alcanzaba dignidad sagrada por sus órganos, y en algunas ceremonias la efigie era llevada pomposamente en honor de diversas divinidades. Las damas egipcias en la fiesta de las Bacanales llevaban colgado al cuello un falo de madera minuciosamente trabajado, pesado y grande, cada una según su resistencia; además la imagen de su dios ostentaba uno que sobrepujaba en longitud el resto del cuerpo. Las mujeres casadas, no lejos de mi comarca, forjan con su cofia una figura que cae sobre su frente para gloriarse del placer que las procura, y en llegando á la viudez la echan atrás enterrándola bajo su peinado. En Roma las matronas más prudentes se honraban ofreciendo flores y coronas á Priapo, y sobre las partes menos honestas de este dios hacían sentar á las virgenes en la época de sus bodas. No estoy seguro, pero se me figura haber visto en mi tiempo una ceremonia parecida. ¿Qué significaba esa ridícula pieza en los calzones de nuestros padres, que todavía se ve en los suizos de la guardia real? ¿Y la nuestra que aun en el día presentamos con todos sus contornos, bajo nuestros gregüescos, y lo que aún es más de lamentar, que abultamos más allá de sus medidas por impostura y falsedad? Ganas me dan de creer que esta suerte de vestidura fué ideada en los mejores y más honrados siglos para no engañar á las gentes; para que cada cual mostrase en público lo que particularmente pre-

1. Porque la incontinencia es necesaria á la continencia; porque el incendio se extingue con el fuego.

sentaba, y los pueblos más sencillos en sus usos lo ostentaban, todavía sin aumentos. Entonces se enseñaba la ciencia de medir y vestir este órgano, como hoy miden, visten y calzan el brazo y el pie. Aquel buen hombre que en mi juventud castró tantas hermosas y antiguas estatuas en la gran ciudad donde vivía para no corromper la vista de las gentes, siguiendo el parecer de este otro antiguo hombre bueno,

Flagitii principium est, nudare inter cives corpora ¹,

debió tener en cuenta que en los misterios de la buena diosa toda apariencia masculina permanecía oculta, é igualmente que con su cruenta medida nada conseguía si no castraba igualmente á los caballos, á los asnos y, en fin, á la naturaleza toda:

*Omne adeo genus in terris, hominumque, ferarumque,
Et genus æquoreum, pecudes, pictæque volucres,
In furias ignemque ruunt* ².

Los dioses, dice Platón, nos proveyeron de un órgano desobediente y tiránico que, como animal furioso, se obstina por la violencia de sus apetitos en someterlo todo á su imperio; lo propio acontece á las mujeres con el suyo; cual animal glotón y ávido, si se le niegan los alimentos en el momento en que los ha menester, se encoleriza por no admitir espera, y exhalando su rabia espumante en el cuerpo de aquélla, obstruye los conductos y detiene la respiración, causando mil suertes de males, hasta que habiendo absorbido el fruto de la sed común, fué regado copiosamente y sembrado el fondo de su matriz.

De suerte que debió advertir también el castrador de estatuas que acaso sea una más honesta y fructuosa costumbre hacer á las mujeres tempranamente conocer el natural á lo vivo, que dejarlas adivinarlo según la libertad y el calor de su fantasía; en lugar de las partes auténticas sustituyen ellas por deseo y esperanza otras que son tres veces mayores; uno á quien yo conocí se perdió por haber hecho el descubrimiento de las suyas cuando no estaba todavía en posesión de ponerlas en su uso más serio y conveniente. ¿Qué trastornos no ocasionan esas enormes pinturas que los muchachos van esparciendo por los pasillos y escaleras de las casas reales? De aquí nace el cruel menoscabo con que miran nuestra medida natural. ¿Quién sabe si Platón al ordenar, siguiendo el ejemplo de otras repúblicas bien instituidas, que hombres y mujeres, viejos y

1. Es principio de flaquezas mostrar en público desnudeces. CICERÓN, *Tusc. Quæst.*, IV, 33.

2. En la tierra, la raza humana, las alimañas feroces y los ganados; en el agua, los peces; en el aire, las aves de mil colores: todo se enciende, todo experimenta los furiosos del amor. VIRGILIO, *Georg.*, III, 242.

jóvenes, se presentaran desnudos los unos delante de los otros en sus gimnasios, tuvo presente lo que al principio dije? Las indias, que ven á los hombres en pelota, refrescaron al menos el sentido de la vista; y digan lo que quieran las mujeres del dilatado reino del Pegu, las cuales por bajo de la cintura no tienen para cubrirse sino una banda de lienzo hendida por delante, tan estrecha, que por mucho decoro que quieran guardar á cada paso muestran sus partes al descubierto, en punto á afirmar que esto es una invención ideada con el fin de atraer los hombres y acercarlas los machos, á los cuales ese país está por completo abandonado, podría decirse que con semejante vestidura pierden más que ganan, y que un hambre entera es más ruda que la que se calmó al menos con los ojos. Por eso Livia decía « que para una mujer de bien un hombre desnudo en nada difiere de una imagen ». Las lacedemonias, más vírgenes que nuestras hijas, veían á diario á los jóvenes de su ciudad despojados de ropas en sus ejercicios; ellas mismas eran poco minuciosas para cubrir sus muslos al andar, considerándolos, como Platón dice, sobrado ocultos con su virtud, sin cota ni malla. Pero aquellos otros, de quienes habla san Agustín, que pusieron en duda si las mujeres el día del juicio final resucitarán en su propio sexo ó más bien en el nuestro, para no tentarnos todavía en aquel solemne momento, concedieron un maravilloso infujo de tentación á la desnudez. Se las adiestra, en suma, y encarniza por todos los medios imaginables; nosotros escaldamos é incitamos su imaginación sin tregua ni reposo y luego culpamos al vientre. Confesemos abiertamente la verdad; apenas hay ninguno de entre nosotros que no temiera más la deshonra que los vicios de su mujer le acarrearán de lo que teme á los suyos propios; que no cuide más (¡extraordinario ejemplo de caridad!) de la conciencia de su buena esposa que de la suya propia; que mejor no prefiera ser ladrón y sacrilego, y su mujer criminal y hereje, que el que ella no fuera más casta que su marido: ¡inicuo modo de juzgar los vicios! Así ellas como nosotros somos capaces de mil corrupciones más perversas y desnaturalizadas que la lascivia; lo que ocurre es que cometemos y pesamos los vicios, no según su naturaleza, sino conforme á nuestro interés: por eso adoptan tantas formas desiguales.

El ansia de nuestros deseos convierte la aplicación de las mujeres á este vicio en más áspera y enfermiza de lo que es realmente la naturaleza misma de él, procurándole al par consecuencias peores de las que nacen de su causa. Mejor ofrecerán las damas ir á palacio á buscar fortuna y á la guerra nombrada, que conservar en medio de la ociosidad y de las delicias una cosa de tan difícil guardar. ¿No ven ellas que no hay comerciante, ni procurador, ni soldado que no abandonen su tarea para correr á esta otra, y al

mozo de cordel y al zapatero remendón, rendidos de fatiga y aliquebrados por el trabajo y el hambre

Num tu, quæ tenuit dives Achæmenes,
Aut pinguis Phrygiæ Mygdonias opes,
Permutare velis crine Licymniæ,
Plenas aut Arabum domos,
Dum fragrantia detorquet ad oscula
Cervicem, aut facili sævitia negat,
Quæ poscente magis gaudeat eripi,
Interdum rapere occupet ?

Yo no sé si las hazañas de César y Alejandro sobrepujan en rudeza la resolución de una joven hermosa educada á nuestro modo, á la luz y comercio del mundo, formada con el concurso de tantos ejemplos contrarios, y que se mantiene entera en medio de mil continuos y vigorosos perseguimientos. No hay quehacer tan espinoso como este no hacer, ni tampoco más activo; creo más fácil llevar coraza toda la vida que guardar la doncellez; y el voto de castidad lo considero como el más noble de todos, por ser el más penoso: *Diaboli virtus in lumbis est* ², dice san Jerónimo.

Efectivamente, el más arduo y vigoroso de los humanos deberes encomendámoslo á las damas, sustrayéndolas la gloria. Esto debe servirles de singular aguijón para obstinarse, y de magnífico punto de apoyo para desafiarnos y pisotear la preeminencia vana de valer y virtud que sobre ellas pretendemos poseer: siempre encontrarán, si así lo quieren, la manera de ser no sólo más estimadas, sino también más amadas. Un galán no abandona su empresa por ser repelido, siempre y cuando que se trate de un repelimiento de castidad, no de elección. Inútil es que juremos, que amenacemos y que nos quejemos: no hay golosina semejante á la cordura cuando no es ruda ni uraña. Es estúpido y cobarde el obstinarse contra el odio y el menosprecio, pero ponerse frente á una resolución virtuosa y firme que va mezclada con una voluntad reconocida, es el ejercicio de un alma noble y generosa. Pueden las damas reconocer nuestros servicios hasta cierto límite y hacernos experimentar honestamente que no nos menosprecian, pues esa ley que las ordena abominarnos porque las adoramos y odiarnos porque las amamos es cruel, aun cuando no sea más que por su dificultad. ¿Por qué no han de oír nuestras ofertas y peticiones en tanto que se mantengan dentro del deber y la modestia? ¿Qué importa el que se adivine que

1. ¿Cambiarás tú un solo cabello de Licimonia por todos los tesoros del rey Aquemeno, ó por las riquezas de Mygdon, rey de Frigia, en el instante en que volviendo la cabeza muestra su boca para recibir tus besos, ó cuando rechaza el que quiere dejarse hurtar dispuesta á prevenirte pronto ella misma? *HOBIANO*, *Od.*, II, 12, 21.

2. La virtud del diablo yace en los riñones. *SAN JERÓNIMO*.

en su interior experimentan algún sentido más libre? Una reina de nuestro tiempo decía ingeniosamente « que rechazar esos asedios es testimonio de flaqueza, y acusación de la propia facilidad; y que una mujer no sitiada carecía de derecho para encomiar su castidad ». Los límites del honor no son tan encajonados ni reducidos; pueden ensancharse y procurarse alguna libertad sin incurrir en culpa: más allá de sus fronteras se descubre una extensión libre, indiferente y neutra. Quien pudo franquearla y sujetar con la violencia hasta en su rincón y su fuerte, es un hombre desmañado cuando no se satisface de su andanza: el valor de la victoria se mide por la dificultad. Queréis saber el efecto que en su corazón produjeron vuestra servidumbre y vuestros méritos: tal puede más otorgar que se queda corto. La obligación del beneficio se relaciona por entero con la voluntad del que da; las otras circunstancias que acompañan al bien obrar son mudas, muertas y casuales: ese poco le cuesta más otorgarlo que todo á su compañera. Si en algún caso la rareza sirve de estimación, debe ser en el presente; no miréis lo poco que es, sino lo poco que hay: el valor de la moneda cambia según los sitios y lugares. Aunque el despecho y la indignación de algunos puedan hacerlos murmurar movidos por el exceso de su descontento, siempre la virtud y la verdad ganan de nuevo el lugar merecido. Yo he visto algunas cuya reputación fué largamente injuriada, colocarse en la estimación general de los hombres por virtud de su propia constancia, sin cuidados ni artificios; cada cual se arrepiente y se desmiente de lo que creyera; damas que fueron un tanto sospechosas ocupan luego el primer rango entre las de honor más acrisolado. Como alguien dijera á Platón: « Todo el mundo dice mal de vosotros. » « Dejados decir, repuso, viviré de suerte que los haga cambiar de manera de ver. » Á pesar del temor de Dios y el premio de una gloria tan rara, la corrupción secular las fuerza, y si yo estuviera en su lugar nada haría menos que poner mi reputación en manos tan peligrosas. En mi tiempo, el placer de referir hazañas (cuya dulzura equivale al realizarlas) sólo era consentido á aquellos que tenían algún amigo fiel y único: al presente las conversaciones ordinarias de las asambleas y las de sobremesa constituyen las jactancias de los favores recibidos y la secreta liberalidad de las damas. En verdad es abyecto y declara bajeza de corazón el dejar así con altivez perseguir, encenegar y destrozar esas gracias tiernas á personas tan ingratas, tan indiscretas y tan sin seso.

Esta nuestra exasperación inmoderada é ilegítima contra el vicio de que hablo, nace de la más vana y tormentosa enfermedad que aflige á las humanas almas, que son los celos.

Quis vetat appposito lumen de lumine sumi ?
Dent licet assidue, nil tamen inde perit ¹.

Los celos y la envidia, hermana de ellos, se me antojan las más absurdas de la comitiva. De la segunda apenas si yo puedo decir nada: esa pasión que se pinta tan poderosa y avasalladora, nunca ejerció, Dios sea loado, influencia alguna sobre mí. En cuanto á la otra, de vista la conozco al menos. Los animales la experimentan. Enamorado de una cabra el pastor Cratis, el cabrón le sorprendió dormido, y movido por los celos hizo chocar su cabeza contra la de su rival, despachurrándosela. Nosotros hemos llegado al último límite de esa fiebre, á imitación de algunas naciones bárbaras: las mejor disciplinadas fueron por los celos afeadas, lo cual es razonable, mas no transportadas:

Ense maritali nemo confossus adulter
Purpureo Stygias sanguine tinxit aquas ².

Luculo, César, Pompeyo, Catón, Marco Antonio y otros hombres honrados fueron cornudos, y lo supieron, sin que por ello excitasen ningún tumulto. Hacia la época en que esos varones vivieron, sólo hubo un individuo insulso, llamado Lépidio, que sucumbió de celosa angustia:

Ah ! tum te miserum maliqui fati,
Quem attractis pedibus, patente porta,
Percurrent raphanique mugilesque ³.

Y el dios de nuestro poeta, cuando sorprendió con su mujer á uno de sus compañeros, se contentó con avergonzarle por su hazaña,

Atque aliquis de dis non tristibus optat
Sic fieri turpis ⁴;

sin dejar, sin embargo, de encenderse por las blandas caricias con que la dama al galán brindaba, quejándose de que ella hubiera entrado en desconfianza de su afección:

Quid causas petis ex alto ? fiducia cessit
Quo tibi, diva, mei ⁵ ?

y hasta llega la dama á solicitar licencia para engendrar un bastardo,

1. ¿ Quién impide tomar luz de la luz misma? ¿ Disminuye por ello la primera? OVIDIO, *de Arte amandi*, III, 93.

2. Nunca un adúltero atravesado por la espada del marido tiñó con su sangre las aguas del Estigio.

3. ¡ Infeliz! si tu desdicha quiere que seas atrapado, incontinenti te arrastrarán á la puerta cogido de los pies y servirás de alimento á los mujoles ó harás crecer los nabos. CATULO, *Carm.*, XV, 17.

4. Entonces un dios poco austero dijo así: ¡ Que se me exponga á deshonor semejante!... OVIDIO, *Metam.*, IV, 187.

5. ¿ A qué vienen tantos rodeos? ¿ Por qué, diosa, no os confiáis á vuestro esposo? VIRGILIO, *Eneid.*, VIII, 395.

Arma rogo, genitrix nato ¹,

que le es liberalmente concedida. Vulcano habla con honor de Eneas,

Arma acri faciendâ viro ².

de una humanidad á la verdad más que humana, exceso de bondad que yo consiento en que á los dioses se arrebatase :

Nec divis homines componier æquum est ³.

Por lo que toca á la confusión de hijos, aparte de que los legisladores más graves la aprueban y ordenan en todas sus constituciones, es cosa que á las mujeres no incumbe, en las cuales la pasión celosa es no sé cómo más sosegada :

Sæpe etiam Juno, maxima cœlicolum,
Conjugis in culpa flagravit quotidiana ⁴.

Cuando los celos se apoderan de las almas pobres, débiles y sin resistencia, compasión inspira el ver cómo las atormentan y tiranizan, y cuán cruelmente. Insinúanse so color de amistad, mas luego que en aquéllas prenden, las mismas causas que á la benevolencia servían de fundamento forman la raíz del odio capital. Entre todas las enfermedades del espíritu, es ésta á la que más cosas alimentan y nutren y la que menos remedios encuentra : la salud, la virtud, el mérito y la reputación del marido son la incendiaria tea de su mal talante y de su rabia :

Nullæ sunt inimicitia, nisi amoris, acerbæ ⁵.

Esta fiebre corrompe y afea cuanto las damas tienen de hermoso y bueno; y de una mujer á quien los celos matan, por casta y hacendosa que sea, no hay acción que no respire el agrior y la importunidad; es una revolución rabiosa que las lanza á una extremidad en todo contraria á la causa que reconoce por origen; lo cual vemos bien comprobado por Octavio en Roma, quien habiendo pernoctado con Poncia Postumia, aumentó por el goce el amor que la profesaba y frenéticamente abrazó la idea de casarse con él; pero como no llegara á persuadirle ese amor extremo, precipitó al amante á la más cruel y mortal de las enemistades, concluyendo por matarla. Análogamente los síntomas ordinarios de esa otra enfermedad amorosa son los odios intestinos, las cábalas y las conjuras :

1. Es una madre que os pide armas para su hijo. VIRGILIO, *Eneid.*, VIII, 383.

2. Se trata de crear armas para un héroe. *Ibid.*, v. 441.

3. Así no es justo comparar á los hombres con los dioses. CATULO, *Carm.*, LXVIII, 141.

4. Muchas veces los celos de Juno encontraron sobrado pasto en las diarias infidelidades de su marido. *Ibid.*, v. 138.

5. Ninguna enemistad tan implacable cual las del amor. PROPERCIO, II, 8, 3.

Notumque furens quid femina possit ¹,

y una rabia que se corroe tanto más cuanto que se ve sujeta á encubrirse con pretextos de benevolencia.

Ahora bien; el deber que la castidad impone es por naturaleza amplísimo. ¿Es la voluntad lo que queremos que contraigan? Ésta es de nuestro mecanismo una de las partes más flexibles y activas, poseedora de una prontitud demasiado rápida para que sea dable contenerla. ¿Cómo poder embriadarla si los sueños las llevan á veces tan adentro que son ya incapaces de pararse? No reside en ellas ni acaso tampoco en la castidad misma, puesto que ésta es hembra, el defenderse contra las concupiscencias del deseo. Si su voluntad sólo es lo que nos interesa, ¿adónde vamos á parar? Imaginad la cosecha enorme que se procuraría quien tuviera el privilegio de ser conducido resistentemente armado, sin ojos y sin lengua en las manos de cada una que por amante le aceptara. Las mujeres de Escitia saltaban los ojos á todos sus esclavos y prisioneros de guerra para disfrutarlos de una manera más libre y encubierta. En este punto la oportunidad es una ventaja inconmensurable. Á quien me preguntara cuál es la primera condición del amor, yo le respondería que el saber acudir en tiempo oportuno; y lo mismo la segunda y la tercera: ésta es una circunstancia que lo puede todo. Frecuentemente la fortuna dejó de serme favorable, mas otras mi iniciativa fué escasa: Dios preserve de mal á quien de ello es capaz de mofarse. En este siglo en que vivimos hay escasez de arrojito, lo cual nuestras jóvenes excusan so pretexto de calor ardiente, pero si de cerca lo consideraran, encontrarían que proviene más bien de menosprecio. Supersticiosamente temía yo inferir ofensa, pues respeto de buen grado lo que amo; y por otra parte quien de este comercio aleja la reverencia, borra á la par su lustre principal: yo gusto que niñemos un poco; que nos mostremos temerosos y servidores rendidos. Si no por entero en este particular, por respectos distintos me dominan algunos resquicios de la vergüenza torpe de que habló Plutarco y por ella fui herido y manchado durante el curso de mi vida, lo cual constituye una cualidad que mal se aviene con mi común manera de ser. Así nos hallamos formados de cualidades que se contradicen y discrepan. Mis ojos son tan débiles para resistir un feo como para plantificarlo, y me cuesta tanto solicitar del prójimo, que en las ocasiones en que el deber me forzó á experimentar la voluntad de alguien en cosa dudoso y de coste lo hice débilmente y de mala gana. Pero si á mí particularmente toca la comisión, aunque con verdad diga Homero « que para el indigente es torpe virtud la ver-

1. Sabido es lo que puede el furor de una mujer. VIRGILIO, *Eneid.*, V, 21.

güenza », ordinariamente encomiendo á un tercero que en rojezca en mi lugar; y lo propio hago cuando alguno me emplea en dificultad semejante, de tal suerte que á veces me aconteció tener la voluntad de negar, mas la fuerza estuvo ausente.

Es, pues, locura intentar la sujeción en las mujeres de un deseo que las es tan hirviendo y natural. Cuando las oigo enaltecerse de tener su voluntad tan virgen y tan fria, sonrío; ellas retroceden demasiado. Si se trata de una vieja decrepita y desdentada, ó de una joven seca y ética, aunque del todo no sea creíble, al menos motivos tienen para declararlo. Mas aquellas que se mueven y todavía respiran empeoran la causa que defienden, por cuanto las inconsideradas excusas sirven de acusación; como sucedió á un gentilhombre de mi vecindad á quien de impotencia se sospechaba,

Languidior tenera cui pendens sicula beta
Nunquam se mediam sustulit ad tunicam ¹,

tres ó cuatro días después de sus bodas andaba jurando resueltamente que había efectuado veinte viajes la noche precedente, por donde procuró armas para que le convencieran de ignorancia supina, y para que le descasaran. Debe además tenerse presente que con aquellas bravatas nada se dice de consecuencia, pues no hay continencia ni virtud sin la lucha que á ellas nos encaminan. Verdad es, preciso es decirlo, mas yo no estoy presto á rendirme; los santos mismos hablan del mismo modo. Entiéndase de las que se alaban á ciencia cierta de frialdad é insensibilidad y quieren ser creídas mostrando serio el semblante; pues cuando éste es afectado, cuando los ojos desmienten las palabras y la jerga profesional produce un efecto contrario al que se apetece, la encuentro buena. Yo me inclino de buen grado ante la ingenuidad y la libertad; mas no hay término medio posible: cuando aquella no es de todo en todo simplona é infantil, es inepta y sienta mal á las damas en este comercio, torciendo muy luego hacia la desvergüenza. Sus disfraces y sus gestos no engañan sino á los tontos. El mentir reside en lugar de honor: una vuelta es lo que nos conduce á la verdad por la puerta falsa. Si ni siquiera nos es dable contener su imaginación, ¿qué pretenemos de ella? Bastantes hay que escapan á toda comunicación extraña, por los cuales la castidad puede ser corrompida;

Illud sæpe facit, quod sine teste facit ²;

y los que tememos menos son quizás los más temibles; sus pecados mudos son de entre todos los peores:

1. El sentido de estos dos versos, sobrado obscenos para traducidos, es que el gentilhombre nunca dió muestras de virilidad. CATULO, *Carm.*, LXVII, 21.
2. Ejecutan muchas veces lo que se hace sin testigos. MARCIAL, VII, LXII, 6.

Offendor mœcha simpliciore minus ¹.

Efectos hay que pueden hacer perder el pudor sin impudor y, lo que es más singular todavía, sin que ellas mismas lo conozcan: *obstetrix, virginis cujusdam integritatem manu velut explorans, sive malevolentia. sive incertia, sive casu, dum inspicit perdidit*²: tal extravió su virginidad por haberla buscado; tal otra divirtiéndose la mató. No podríamos puntualmente circunscribirlas los actos que las prohibimos; es preciso que reciban nuestra ley envuelta en palabras generales é inciertas: la idea misma que nos forjamos de su castidad es ridícula, pues entre los ejemplares más relevantes que conozco figura Fatua, mujer de Fauno, quien no se dejó ver después de sus bodas de ningún macho, y la de Hierón, que no echaba de ver que á su marido le apestaba el aliento, considerando que ésa era una circunstancia común á todos los hombres: solicitamos que se conviertan en insensibles é invisibles para satisfacerlos.

Ahora bien, confesemos que el nudo del juzgar en lo que con este deber toza reside principalmente en la voluntad. Maridos hubo que sufrieron este percance, no sólo sin censurar ni castigar á sus mujeres, sino con singular obligación y recomendación de la virtud de ellas. Tal que anteponia el honor á la vida prostituyó aquél al apetito desenfrenado de un mortal enemigo por salvar la existencia de su esposo, realizando por él lo que en modo alguno por sí misma hubiera hecho. No es éste lugar adecuado para esparcir ejemplos análogos; son sobrado elevados, y ricos en demasia para representarlos en el tenor como aquí escribo; guardémoslos para un sitio más noble. Mas por lo que toca á casos de significación menos grande, ¿no vemos á diario entre nosotros que por la sola utilidad de sus maridos se entregan? ¿y por orden y expresa intervención de ellos? En la antigüedad Faulio, el argiense, ofreció la suya al rey Filipo para saciar su ambición; y por cortesania Galba puso la propia en brazos de Mecenas á quien éste había convidado á un festín: viendo que su mujer y él comenzaban á conspirar mediante ojeadas y señas, se dejó caer en el sofá como un hombre ganado por el sueño para volver la espalda á estos amores, lo cual confesó buenamente, pues habiendo en el instante mismo un criado tendido el arrojito de poner la mano en los vasos que en la mesa había, gritóle como si tal cosa: «¿Cómo se entiende, bribón? ¿no ves que sólo para Mecenas duermo?» Tal hay

1. Menos detesto la mujer viciosa cuando no disimula sus vicios. MARCIAL, VI, 7, 6.

2. Hay parteras que al inspeccionar con su mano si una joven es virgen la desfloran; de intento unas veces, sin querer otras, y también de un modo casual. SAN AGUSTÍN, *de Civil. Dei*, I, 18.

de costumbres desbordadas cuya voluntad es más enmendada que la de otra que se conduce bajo ordenada apariencia. Como vemos quienes se quejan de haber sido consagradas á la castidad antes de la edad en que penetrar pudieran el alcance de tal voto, encontramos también otras que se lamentan de haber sido lanzadas á la prostitución antes de comprender sus consecuencias. El vicio paternal puede ser la causa, ó el empuje de la necesidad, que es dura consejera. En las Indias orientales la castidad era considerada como particularmente recomendable; la costumbre, sin embargo, consentía que una mujer casada pudiera abandonarse á quien la presentaba un elefante, y á más se añadía á ello alguna gloria por haber sido en tan alto precio estimada. Fedón, el filósofo, hombre corrigido, después de la toma de su país de Elida, prostituyó y comerció con la belleza de su juventud mientras se mantuvo verde, con quien quiso, por dinero contante para procurarse medios de vivir. Y Solón, dicese que fué el primero en Grecia que por virtud de sus leyes concedió á las mujeres libertad á expensas del pudor, para socorrer las necesidades de su vida, costumbre que Herodoto dice haber sido recibida en algunas otras naciones. Y después de todo, ¿qué fruto se alcanza de la solicitud penosa que los celos nos acarrearán? Por justicia que en esta pasión haya, precisa saber además si útilmente nos conduce. ¿Hay alguien que merced á los esfuerzos de su industria se crea capaz de tapiarlas?

Pone seram; cohibe: sed quis custodiet ipsos
Custodes? cauta est, et ab illis incipit uxor¹:

¿qué artimaña no las basta en un siglo tan competente?

La curiosidad es en todas las cosas instrumento vicioso, mas en este particular es pernicioso por añadidura: es locura querer darse cuenta de un mal para el cual remediar no hay medicina que no lo empeore y regrave, del cual la vergüenza se aumenta y publica principalmente por los celos, cuya venganza hiere más á nuestros hijos de lo que á nosotros nos alivia. Os secáis y morís en el inquirimiento de una comprobación tan tenebrosa. ¡Cuán lastimosamente llegaron á ella aquellos de mis conocidos que lograron tocarla! Si el advertidor no procura al par que la noticia su remedio y su socorro, el advertimiento es injurioso y merece mejor una puñalada que la negación del delito. No es objeto de burlas menores quien se encuentra apenado buscando la causa de su deshonra que aquel que de todo la ignora. El carácter de la cornamenta es indeleble; á quien una vez le crecieron no se le caen jamás: el

1. Encierrala bajo llave; pon guardiánes á su puerta: ¿quién vigilará á los que la custodien? Tu mujer es astuta, y comenzará por ellos. JUVENAL, *Sat.* VI, 346.

castigo más que los efectos lo declara. ¡Bueno es eso de querer arrancar de la sombra y de la duda nuestras desdichas privadas para trompetearlas en andamios trágicos! Errado proceder si los hay, puesto que estos males no punzan sino por la divulgación: buena esposa y matrimonio bueno se dice, no de quienes realmente lo son, sino de quienes las cualidades se callan. Es preciso ingeniárselas de suerte que se evite este molesto é inútil conocimiento; por eso los romanos acostumbraban al volver de viaje á enviar un emisario á sus casas á fin de anunciar su llegada á las mujeres para no sorprenderlas *infraganti*, y por eso en cierta nación se ha introducido el uso de que el sacerdote abra la senda á la desposada el día de sus bodas para apartar del recién casado la duda y la curiosidad de investigar en este primer ensayo si la mujer viene virgen á sus manos ó encentada de un amor extraño.

Mas de ello el mundo hace su comida. Conozco cien cornudos que son honradas gentes con indecencia escasa; un hombre cabal es por ello compadecido, mas no desestimado. Haced que vuestra virtud ahogue vuestra desdicha; que las gentes buenas la maldigan; que el que os ofendió se estremezca solamente de pensar en su delito. Y en último término, ¿de quién no se habla en este sentido, desde el más chico al más grande?

Tot qui legionibus imperitavit,
Et melior quam tu multis fui, improbe, rebus¹.

¿No ves cómo se zambulle en este coronamiento en tu presencia á tantas gentes irreprochables? Piensa, y harás cuerdamente, que tú no eres excepción en otra parte. Pero, ¿qué más? Hasta las damas se buriarán. ¿Y de qué se mojan con más regocijo que de un hogar tranquilo y bien avenida? Cada uno de vosotros hizo cornudo á alguien, y sabido es que la naturaleza obra en todo de modo semejante, así en sus compensaciones como en sus vicisitudes. La frecuencia de este accidente debe desde ahora modificar su agriura: pronto le veremos cambiado en costumbre.

¡Miserable pasión á cuyo amargor se junta todavía el dolor de ser incomunicable!

Fors etiam nostris invidit questibus aures²:

pues ¿cuál será el amigo á quien osaréis comunicar vuestro duelo que si de él no se ríe no se sirva con vuestras palabras de encaminamiento é instrucción para tomar él mismo su parte en el botín? Así las dulzuras como los agriores del

1. Hasta del general que mandó tantas legiones y que en tantas cosas aventaja á un mortal insignificante como tú. LUCRECIO, III, 1039, 1041.

2. La suerte nos envidia hasta el consuelo de que los demás oigan nuestras quejas. CATULO, *Carm.*, LXVIII, 170.

matrimonio, las gentes prudentes los guardan secretos; y entre las demás circunstancias importunas que le circundan, ésta, para un hombre lenguaraz como yo soy, es de las principales que la costumbre hizo indecorosa y perjudicial de comunicar á nadie; lo que de ella se sabe como lo que con ella se siente.

Aconsejarlas á ellas de igual modo para apartarlas de los celos sería tiempo perdido: su esencia nativa está tan impregnada de sospecha, de vanidad y de curiosidad que no hay que esperar el curarlas por vía legítima. Frecuentemente se enmiendan de este inconveniente por medio de una curación mucho más de temer que la enfermedad misma; pues así como hay encantamientos que no aciertan á desarraigar el mal sino echándolo sobre el prójimo, ellas lanzan fácilmente de la propia suerte esta fiebre sobre sus maridos cuando la pierden. De todos modos, y á decir verdad, ignoro si de ellas puede sufrirse dolencia peor que el mal de celos: ésta es la más dañina de sus condiciones como de sus miembros la cabeza. Decía Pitaco « que cada cual tenía su motivo de trastorno; que la causa del suyo residía en la mala cabeza de su mujer: y que aparte de este mal se consideraría dichoso de todo en todo ». Este es un inconveniente bien pesado merced al cual un personaje tan justo, prudente y valeroso sentía toda su vida enturbiada: ¿ cómo no ha de agravarnos á nosotros, hombrecillos insignificantes como somos? El senado de Marsella obró cuerdamente al aplazar la aprobación á un individuo que solicitaba permiso de matarse para eximirse de las tormentas de su mujer, pues es un mal que jamás se desaloja sin arrancar el pedazo, y para el cual no hay otro remedio eficaz que la huida ó la resignación, aunque ambos sean difíciles. Aquél hablaba sabiamente que decía « que un buen matrimonio se aderezará con la unión de una mujer ciega y un marido sordo ».

Consideremos, además, que esta grande y violenta rudeza de obligación que las exigimos puede producir dos efectos contrarios á nuestro fin, á saber: el aguzar á los perseguidores y el trocar á las mujeres en más fáciles de entregarse; pues por lo que toca al primer punto, elevando el valor de la plaza ensalzamos igualmente el valor y el deseo de la conquista. ¿ No será Venus misma quien haya así finalmente subido el precio de su mercancía por virtud del rufianismo de las leyes, conociendo cuán torpe diversión sería el amor si no se le hiciera valer por fantasía y carestía? En resumidas cuentas todo es carne de puerco que la salsa diversifica, como decía el huésped de Flaminio. Cupido es un dios traidor; su juego consiste en luchar contra la devoción y la justicia: su gloria estriba en que su poder vaya contra toda otra potencia y en que todas las demás reglas cedan el paso á las suyas;

Materiam culpæ prosequiturque suæ ¹.

Y por lo que toca al segundo punto, ¿ seríamos menos cornudos si temiéramos menos el serlo? según la complejión de las mujeres, pues la prohibición las incita y convida:

Ubi velis, nolunt: ubi nolis, volunt ultro ²;

Concessa pudet ire via ³.

¿ Qué mejor interpretación encontraremos del caso de Mesalina? En los comienzos hizo cornudo á su marido de tapadillo, como se acostumbra ordinariamente; mas como manejara sus intrigas con facilidad sobrada por la estupidez ingénita de su esposo, menospreció de pronto su táctica; vedla entregarse al descubierto, confesar sus servidores, conversar con ellos y favorecerlos ante los ojos de todos: quería de este modo que su esposo lo advirtiera. Este animal, no acertando á despertarse con semejante estrépito, y convirtiéndola sus placeres en insípidos y blandos, merced á esa floja facilidad por la cual parecía autorizarlos y legitimarlos, ¿ qué hizo ella? Mujer de un emperador vivo y rozagante, residiendo en Roma, teatro del mundo, en pleno medio día, mientras se celebraba una suntuosa fiesta pública, hallándose en compañía de Silio, de quien había disfrutado largo tiempo antes los favores, se casó un día que su marido se encontraba ausente de la ciudad. ¿ No parece que se encaminaba hacia la castidad á causa de la indiferencia de su esposo? ¿ O también que buscara otro marido que aguzara su apetito con sus celos y que resistiéndola le incitara? Mas la primera dificultad que encontró fué también la postrera: aquella bestia se despertó sobresaltada. Frecuentemente son más de temer estos sordos adormecidos: yo he visto por experiencia que este extremo sufrimiento, cuando viene á desatarse, ocasiona venganzas más rudas, pues incendiándose de repente, la cólera y el furor se amontonan y confunden y todos sus esfuerzos estallan á la primera descarga,

Irarumque omnes effundit habenas ⁴:

hizola morir y á gran número de los que con ella habían vivido en inteligencia, hasta á alguno que no pudiendo más ella había convidado á visitar su lecho á correazos.

Lo que Virgilio dice de Venus y de Vulcano, Lucrecio lo

1. Busca sin cesar la ocasión de sucumbir de nuevo. OVIDIO, *Trist.*, IV, 1, 34.

2. Cuando queréis ellas no quieren; cuando no queréis lo anhelan. TERENCIO, *Eunuch.*, act. IV, esc. VIII, v. 43.

3. Se avergonzarían de seguir el camino lícito. LUCANO, II, 446.

4. Y da rienda suelta á sus transportes. VIRGILIO, *Eneid.*, XII, 499.